LA PESADILLA

por Delfín Rodríguez

Desgraciadamente, llegué a tiempo. Justo cuando el enlace acababa de anunciarse. Su prometido era un teniente del ejército, orgulloso y altivo, hijo de un viejo general cargado de medallas. Jacinta, por el contrario, era una joven tímida y delicada que permanecía en un ángulo del salón como ausente, como si todo aquel fantástico clamor de copas que se chocaban en brindis eternos no fueran con ella.

Mi padre, abogado de todos los ricos hacendados de aquella tierra –incluido el de Jacinta–, me llevó a la fiesta y me presentó a todo aquel montón de señoras enjoyadas y caballeros inmaculados. Había acabado brillantemente mi carrera de derecho y debía de entrar plenamente en aquella sociedad de la que dependería en buena parte de mi porvenir.

Yo casi nunca había visto a Jacinta hasta entonces. Era joven y tímida, y el par de veces que visité la finca de su padre se mostró huidiza y hasta misteriosa.

Poco a poco me fui retirando hacia el porche de aquella magnífica mansión. Me preguntaba el porqué se iba a casar con aquel teniente presumido. No podía imaginarlos juntos.

Recuerdo que cuando mi madre me la presentó formalmente, me revelé interiormente contra aquel enlace. Sus ojos se habían cruzado con los míos y aunque parecían los de una estatua de piedra, despedían un extraño brillo, un extraño fuego, una fuerza indomable.

Cuando regresamos a casa yo no podía dejar de pensar en ella. Era como si se hubiera clavado en mi vida como un rayo. ¿Por qué se casaría Jacinta con aquel hombre...?

Sólo faltaban tres día para la boda. La iglesia estaba lista y la fiesta se palpitaba en el aire. Un aire que a mí me embargaba el corazón de melancolía y tristeza. Me repetía una y otra vez que no, que no podía ser, que no debía ser...

Y como si mis pensamientos y deseos hubieran sido adivinados por algún ser superior, amigo y poderoso, se obró el milagro. Yo estaba en mi habitación, tendido sobre la cama, cuando rompieron a doblar las campanas. La calle comenzó a poblarse de carreras locas y subió hasta mis oídos el inmenso griterío: «¡Está muerto! ¡Está muerto! El caballo lo ha matado...»

Me asomé a la ventana y vi a mi padre que estaba a punto de entrar en casa. Bajé inmediatamente, pero antes de alcanzar la puerta, me tropecé con él. Me agarró de un brazo y me miró a los ojos. Traía el rostro desencajado:

–¿Te has enterado?

Y sin darme apenas tiempo para responderle, repitió:

–¿No te has enterado? El teniente. El prometido de Jacinta ha muerto. Parece ser que el caballo le mató...

Luego siguió corriendo en busca de mi madre. Yo me dejé caer en un sillón al tiempo que una pregunta asaltaba mi cerebro: ¿por qué? No tenía por qué haber

una respuesta definida, sin embargo, yo no alcanzaba a pensar en otra cosa que en la razón de aquella muerte. Y me sentí culpable. Sí. Al fin y al cabo había sucedido lo que yo tanto deseaba.

Los únicos detalles de aquella muerte fueron los que se conocieron de labios de Jacinta. Dijo que habían salido a pasear y que al llegar a un arroyo, se apearon de las monturas para descansar bajo un árbol. Su prometido -ella se ruborizaba al contar esto-, quiso acariciarla cuando Sirio, apoyándose en las patas de atrás, se levantó como una furia para dejarse caer contra el pecho del teniente.

Dicen que una de las patas de atravesó de parte a parte. No lo sé. Jacinta montó en el asesino y corrió a dar aviso. Cuando llegó el general, ordenó con la lógica serenidad del hombre que se ha curtido en cien batallas, que Sirio fuera sacrificado. Pero ella se negó en rotundo. Cuentan que se agarró a su cuello sollozando y suplicando que no lo hicieran. Todo había sido un desgraciado accidente que no debería de costarle la vida a su caballo favorito.

Recuerdo también el velatorio. La gente estaba arremolinada en la calle esperando entrar a la sala en la que estaba el féretro. Jacinta permanecía en la cabecera, aferrada al brazo de su padre y sufriendo las miradas de ira del general. Tenía los ojos fijos en el suelo pero su cuerpo estaba erguido.

Cuando fui a saludarla, alzó la vista y esbozó una sonrisa que me heló el corazón. ¿Qué estaba pasando? Yo no comprendía nada. Era como si su interior me comunicara un sentimiento de alegría difícilmente explicable. Sí, parecía como si liberada de un lazo que durante largo tiempo le hubiese oprimido el alma.

En mucho tiempo no pude conciliar el sueño. Sus ojos parecían entrar como intrusos en mi habitación y mirarme intensamente. La veía a la cabecera del féretro y en el anuncio de su boda como una estatua sólida, fija, indescriptible.

Al cabo de unas semanas, aprovechando que mi padre tenía que tratar no sé que asuntos con el suyo, fui a visitarla. Estaba convencido de que no era muy oportuno, pero algo, una fuerza irresistible, me impulsaba a hacerlo.

Lejos de lo que yo podía imaginar, salió a recibirme. Hacía frío y Jacinta, tomándome amablemente de la mano, me condujo a una gran habitación en la que nos sentamos frente a una chimenea que despedía un agradable calor.

Entonces comenzó a cantarme las excelencias de Sirio; sus hermosas patas negras, su magnífico cuello, su crin, su vientre y... sus ojos. ¡Ah, aquellos ojos verdes...! Yo creo que en realidad, y sin darse cuenta, lo que estaba cantando era su cuerpo, unas piernas, un cabello rubio como el trigo, unos ojos como dos pedazos de cielo, de mar...

Desde entonces mis visitas se hicieron más continuas. Habíamos entablado una buena amistad que, sin darnos casi cuenta, culminó un día en otra fiesta, otro anuncio de boda, otro clamor eterno de choque de copas.

El general no estaba en ella, pero sí la actitud, la misma misteriosa actitud que Jacinta había adoptado el día de su anterior anuncio de boda. Y me dio miedo. Un miedo provocado por aquellos ojos de extraño brillo y profundo fuego. No parecía la misma. Era como si en ella se hubiera obrado una mutación que me tenía anonadado en un rincón.

Pero todo era irreversible. Se preparó la iglesia. Flotó el aire festivo en las calles y... y doblaron las campanas de nuevo. Nadie supo por quién ni por qué habían doblado, pero aquel sonido, aquel lamento de metal estuvo a punto de volverme loco.

Por fin llegó la boda. Recuerdo que cuando el sacerdote unió nuestras manos para bendecir el enlace, noté la suya fría. Era como si hubiese agarrado un

témpano de hielo. La miré a los ojos y descubrí en ellos una sonrisa extraña, distante. Y sin querer evoqué aquella otra sonrisa del velatorio. Sí. Era la misma. La misma diabólica sonrisa...

Quise retroceder pero era tarde. El matrimonio se había consumado. ¿Cómo dar marcha atrás o explicar todo el terror que me provocaba aquella mujer y estaba apoderándose de mi corazón y mis sentidos?

La noche de bodas tampoco pudo hacer que venciera mi temor. Sin embargo, no pude renunciar a admirar su cuerpo blanco cuando ella, con extrema candidez, se fue despojando de los vestidos que la cubrían.

Su pecho era terso, aunque pequeño y su cinturita casi tan delgada como uno de esos juncos que se crían a la orilla de los ríos. Jamás la hubiera imaginado tan sumamente frágil. No era mucho más que un soplo o un suspiro. Tanto, que incluso no me acerqué a ella por miedo a partirla en dos pedazos o romperla como a una porcelana china.

Por fin nos acostamos. Ella quedó dormida nada más caer en la cama. Estaba boca arriba, mostrando sus senos como dos rosas y su vientre blanco y fresco como la nieve. Yo no me atreví ni a respirar por miedo a despertarla.

Tenía infinitas ansias de poseerla, pero me agradó la sencillez con qué rehusó a entregarse a los juegos del amor. Me fue imposible conciliar el sueño en toda la noche. La miraba y la requetemiraba y los sentimientos de cariño y temor se mezclaban formando una combinación dulcemente amarga.

Hacia la medianoche se levantó. Yo me mantuve en silencio observando con los ojos entreabiertos cómo se cubría su cuerpo desnudo con una bata de seda azul muy transparente.

Confieso que hube de hacer un supremo esfuerzo para contener la bestia que todos llevamos dentro y no dar un salto felino sobre ella para poseerla allí mismo, sobre las duras tablas del suelo.

No comprendí su actitud. Después de estar de pie, se dio media vuelta y tomó entre sus manos un cabo de vela que reposaba en la mesita de noche. Luego se dirigió a la puerta que comunicaba directamente con las caballerizas.

Abrió sigilosamente y salió dejando para atrás una pequeñísima estela de luz. Yo me apresuré a vestirme y a seguir sus pasos. A los pocos minutos observé su extraño comportamiento escondido tras unos fardos de heno recién cortado.

Se había aproximado a Sirio tras dejar el cabo de vela apoyado en uno de los pesebres y comenzaba a acariciarle el pecho dulcemente. Luego recorrió su lomo con las manos para ir acercando paulatinamente su rodilla desnuda al vientre del animal. Lo tomó más tarde por el cuello y roció su crin de besos. El caballo retorcía la cabeza con el afán de alcanzar los senos de Jacinta con su morro babeante.

Me quedé perplejo. Incapaz de salir de mi asombro. El caballo resoplaba nervioso y ella comenzaba a jadear. Era una escena como para volver loco a cualquiera. Me removí tras el fardo y algo debió de caerse haciendo ruido, porque ella giró el cuello con una velocidad de vértigo hacia donde yo estaba y cesó al punto en sus extraños juegos.

Me fui tumbando poco a poco, hasta rozar mi cuerpo contra el suelo y comencé a reptar como una serpiente hasta que gané la escalera que conducía hasta la habitación. Al entrar me desnudé y me metí en la cama tan rápido como pude. Luego esperé.

Al cabo de unos minutos la puerta comenzó a abrirse muy lentamente y ella comenzó a deslizarse hacia adentro como un auténtico fantasma. Apagó la vela

mojando los dedos en saliva y la colocó sobre la mesita. Más tarde comenzó a despojarse de su bata azul hasta que su cuerpo quedó nuevamente desnudo, apenas iluminado por un rayo de luna que se filtraba transversal entre las cortinas que cubrían un enorme ventanal.

Yo notaba su respiración todavía agitada. Casi podía sentir sobre mi nuca su aliento caliente y oír el débil castañear de sus dientes. El impulso fue esta vez más fuerte que la razón. Me di media vuelta finguiéndome en sueños y posé suavemente mi mano sobre su pecho.

Un escalofrío recorrió todo mi cuerpo. Me fui aproximando más y más hasta rozar con mi vientre su espalda húmeda de sudor. Un placer inusitado embriagó todo mi ser. Quise seguir avanzando, acariciar sus muslos, pero de pronto sentí su mano sobre la mía. Por un momento mi corazón palpitó más agitado. Luego sus latidos se fueron apagando a medida que ella retiraba mis manos de su cintura y su espalda de mi vientre.

Los días pasaron y las terribles escenas siguieron repitiéndose con puntual frecuencia. Yo estaba al borde de la locura. En más de una ocasión estuve a punto de confesarle que lo sabía todo, pero no me atreví.

Sus bajadas a las cuadras se habían hecho para entonces más largas y frecuentes. Hubo noches en que, sólo acostarse, ya salía en su peregrinación para regresar casi de madrugada. Mi sueño, por lo general muy ligero, se fue volviendo más pesado y casi ya no se interrumpía ni con su salida ni con su llegada silenciosa. Era ya, muy a mi pesar, una rutina odiada.

Los años siguieron su curso y su cuerpo, aún conservando un cierto frescor juvenil, ya no era tan terso como antes. Pero eso a mí no me importaba. Casi al contrario: seguí deseándola con fuerza creciente desde mi posición silenciosa y condescendiente.

Una de las noches, salió de la cama, tomó el cabo de vela e inició su ritual: la bata transparente, la puerta... Y la seguí. Para entonces desconocía el grado a que habían llegado aquellos juegos de mi mujer con el caballo. Mi curiosidad estaba justificada: Jacinta llevaba unos días sin bajar y los relinchos de Sirio se escuchaban nítidos y hasta apasionados desde la habitación.

Llegó y se situó junto a él. Me pareció que el animal la observaba con una mirada inquieta y hasta expectante. Yo me quedé frente a ellos, tras un grupo de aperos de labranza. Jacinta desabrochó la bata y ofreció sus pechos al caballo que comenzó a lamer suavemente, pero con afán, hasta concluir haciéndolo con verdadera desesperación.

Ella lo tomó por la cabeza y le besó la crin, restregando sus muslos contra su vientre. De pronto entraron como en un frenético éxtasis. Me pareció que la punta de la lengua de mi esposa resbalaba por el morro húmedo de Sirio que se iba acercando perezosamente hacia el pesebre, como ansioso de que ella se subiese a sus lomos.

Jacinta pareció comprender muy bien la indicación y, levantando su pie desnudo sobre el cemento, quedó montada sobre él. Hizo entonces ademán de galopar agarrada con ambas manos a las crines. Sirio resoplaba y ella clavaba, cada vez con más fuerza, sus rodillas en le vientre sudoroso de aquel caballo casi humano.

La increíble escena duró un buen rato y culminó, creo yo, en un raro clímax al que no me atrevería calificar de orgasmo. Jacinta, finalmente, tendió sus pechos hacia el cuello del animal y se quedó como dormida, aletargada, aunque jadeante, frotando lentamente sus senos sobre la piel brillante del caballo.

No pude resistir aquella aberración ni un segundo más. Era demasiado. La

sangre me subió a borbotones a la cabeza y, haciendo acopio de fuerzas, me abalancé con un impulso enorme hacia el maldito caballo. Lo tomé por el cuello y apreté. Apreté con todas mis fuerzas de mi ser hasta lograr sentir sus estertores clavados en las palmas de mis manos.

Jacinta dio un grito terrible. El caballo se había encabritado y ella cayó de bruces desde su lomo golpeándose la espalda contra el suelo. Echaba espuma por la boca y de sus ojos se arrancaban dos miradas como dos soles de fuego.

Luego se levantó y se revolvió contra mí como una loba rabiosa, arañándome el rostro con un odio infinito y una violencia cruel. A pesar de eso, yo no noté el más mínimo de los dolores. La agarré por sus rubios cabellos y la empujé hacia un lado haciéndola rodar como una pelota de goma entre las patas de los caballos.

Uno la golpeó con la pezuña en la frente abriéndole una gran brecha por la que comenzó a manar un río de sangre. Perdió el conocimiento y yo me apresuré a continuar, loco de ira, aquella criminal orgía de espasmos y respiraciones ahogadas y lastimeras.

Tomé luego los ojos bañados en lágrimas –me enteré entonces que los caballos también lloran–, de Sirio con la punta de mis dedos y se los introduje en las órbitas, arrancándoselos de cuajo. Dos bolas blancas , calientes y viscosas, inundaron mis manos que no podían evitar un temblor de ira incontenible. Era mi venganza.

Sí, sentí un profundo asco y un terrible odio. Fui bajando la vista triunfalmente hasta hacerla chocar con el chorro de sangre humeante que estaba invadiendo la cabeza del caballo que, a pesar de todo, parecía mantener su gesto altivo y desafiante.

Me lancé de nuevo sobre él y le tapé su cara con mi pecho en un intento desesperado por ahogar su gesto. Al levantarme estaba empapado en sangre, de coágulos repugnantes y de un sudor frío que me estaba poniendo la carne de gallina.

Sentí miedo. Estaba convencido de que no había hecho otra cosa que asesinar al amante de mi esposa, pero sentía un profundo temor. Ella permanecía allí, en las habitaciones del traidor Sirio. Quise acercarme y hacerle tragar los ojos de su amante. Incluso se los acerqué a los labios. Luego me daría cuenta de que era incapaz. El amor era superior a la vergüenza del engaño.

Cogí el cabo de vela –la llama estaba a punto de expirar–, y lo acerqué al rostro de Jacinta. Vi entonces la realidad en toda su crudeza. Por un momento pensé que lo de menos era su muerte, lo verdaderamente impresionante era la brecha que el caballo le había hecho en la frente. Estaba sobrecogido, anonadado por el horror. Hice un esfuerzo supremo y evité el vómito.

La sangre seguía manando de su frente e incluso se apreciaba una masa viscosa y amarillenta que le recorría toda la cara hasta ponerse en sus labios y resbalar al suelo. Aquella iba a ser la primera vez que la besaba y eso sólo pensamiento me hizo estremecer todo el cuerpo.

Lejos de repugnancia, sentí placer. Un placer profundo que puso en tensión todos mis miembros. No pude evitar ir recorriendo con mi lengua toda la superficie de su carne hasta sentir el sabor amargo de la sangre en mi boca.

En plena excitación arranqué su bata azul y puse mis manos sobre sus pechos, sintiendo entre ambos la muralla insalvable de los ojos de Sirio. Sin duda era su último triunfo después de muerto.

A pesar de ello, gocé. Gocé inmensamente: al fin y al cabo era la primera vez que Jacinta no alargaba sus manos delgadas hacia las mías para separarlas de su

cuerpo. Y seguí besándola en un afán infinito de insuflarle un soplo de vida. Cuando me di cuenta que todo era en vano, me levanté de su cuerpo y, en una demostración de verdadero amor, la arrastré para depositar sus cabellos rubios sobre las órbitas vacías de los ojos de su amante.

Hasta me parece que sonrió cuando la crin del caballo abrazó su cuello. Pero eso debían de ser figuraciones mías porque, ¿cómo era posible que sonriera un muerto? No. No podía ser. Sólo eran figuraciones aunque, tan reales, que incluso me asusté y retrocedí unos pasos...

*** * ***

Cuando me desperté, me di cuenta de que todo había sido un mal sueño. Una terrible pesadilla. Respiré con alivio y me quedé con los ojos cerrados meditando acerca de las pesadillas. El sol rompía ya en los cristales del ventanal y yo estaba empapado de sudor.

Tiré de las mantas hacia atrás y mi cuerpo quedó flotando sobre las sábanas. Estaba cansado. la maldita pesadilla me había dejado sin apenas aire en los pulmones. Permanecí en esta posición unos instantes. Luego, incapaz de contener mis deseos, fui aproximando mi mano hacia el cuerpo de Jacinta para cerciorarme de que todo había sido eso, una maldita y criminal pesadilla.

Y efectivamente, estaba allí. Sudaba tanto como yo pero estaba fría como un témpano. Acerqué mis muslos a los de ella –siempre lo hacía cuando se quedaba dormida porque era el único placer que me estaba permitido– y aguanté otro rato en la cama.

Por fin me levanté. Metí los pies en la zapatillas y me dispuse a lavarme. Recuerdo que la cara me escocía terriblemente, como si una legión de mosquitos me la hubiera dejado en carne viva. Estuve a punto de llamar a Jacinta, pero estaba tan dormida que me dio pena sacarla de su sueño.

Me asomé al ventanal y luego hacia el espejo. Me restregué la cara con los brazos y estiré mi cuerpo. Abajo comenzaba el movimiento de los jornaleros. A lo lejos se oía vagamente el tañir de las campanas que llamaban a misa.

La luz ya lo iluminaba todo de una forma definitiva Cuando me hube situado entre el espejo, comencé a levantar la cara lentamente. Entonces su cristal reflejó un bostezo enorme que poco a poco se fue difuminando para dar paso a reflejar un rostro horriblemente ensangrentado, surcado de arriba a abajo por las huellas profundas de unas uñas.

Abrí los ojos de golpe y surgió de pronto entre el precioso marco de caoba del espejo mi gesto de infinito terror. ¡Dios mío! ¿Qué había pasado?

Contuve el aliento y permanecí mudo unos segundos, sin atreverme ni a mover un solo dedo de la mano. Era espantoso, cruel. ¿Qué había pasado? ¿Por qué mi rostro estaba roto, surcado de heridas sanguinolentas?

Quise gritar. Era como si una garra, como si una mano infernal se hubiera cebado con mi carne. Y me pecho... Mi pecho estaba inundado de sangre. Dejé caer mi frente contra el cristal al tiempo que un nudo se metía en mi cuello y me cortaba el aire.

Casi sin darme cuenta, de una forma instintiva, volví mi vista hacia mi esposa. Estaba allí, sobre la cama, pero sus ojos... No tuve tiempo ni para exhalar un grito de dolor y pánico: vi sus ojos, sus enormes ojos verdes como mares en mis manos y caí desplomado.